

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM. 73

11 JULIO
1926

¿A QUE NOSABES
COMO SALEN LOS
SUBMARINOS DEL
AGUA, PINOCHO?

¿COMO?

¡MOJADOS!



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

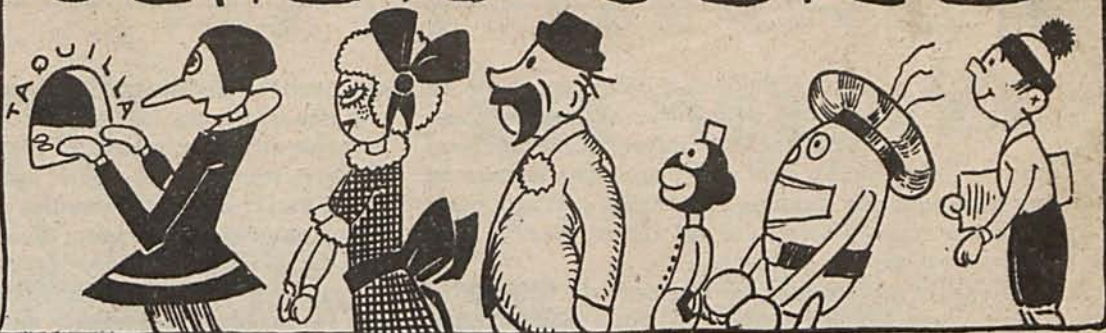


PROGRAMA
PARA HOY

POR
SALVAR
ELFUERTE

Sensacional!

GRAN CINE



Una empresa arriesgada.

El sol poniente descendía con lentitud en el firmamento haciendo resaltar las montañas y peñones desiguales y dando a la pequeña fortaleza india de Delmah un tinte rojo anaranjado.

Había salido una brisa fresca que aliviaba el calor de aquel día bochornoso, y los soldados que hacían la guardia en las troneras del fuerte respiraban esta brisa que les refrescaba los pulmones. En torno a la fortaleza reinaba la mayor calma, que únicamente interrumpía de vez en cuando la bala de un fusil, que atravesaba el patio, disparado por algún soldado alerta. Pero la tranquilidad era pasajera, pues los rostros cansados de los defensores del fuerte proclamaban los días de peligro y privaciones sufridos bajo aquel sol ardiente y despiadado.

Desde hacía diez días los fieros habitantes de las montañas tenían aislado el fuerte del resto del mundo. Y ahora las provisiones empezaban a escasear, y aquella situación no podría prolongarse arriba de un día o dos más. Y debido a esto fué por lo que al ocultarse el sol detrás de la fila de montañas, dejando al fuerte sumido en la oscuridad, un muchacho ágil vestido de kaki se deslizaba por una puertecilla del fuerte y se abría camino, lenta y peligrosamente, por la montaña abajo. Pero el teniente Peter Cornish no pensaba en los peligros que iba a correr.

—Esta va a ser una empresa interesante —se dijo—; examinemos el programa. Primero de todo, esquivar los fusiles de los emboscados; después, huir de las fieras en la selva que hay allá abajo, y pasados estos peligros lanzarme como un cohete hasta la casa del jefe Ramullah y persuadirle que envíe provisiones al fuerte —Peter hizo una pausa—. ¿Cómo me recibirá el viejo Ramullah? A él no se le oculta que si las tribus de las montañas se apoderan del fuerte devastarán las cosechas y el ganado de la tribu de Ramullah; pero por otra parte nos cree vencidos, y piensa que si se pone de parte de los que pierden, su pérdida será algo más que las cosechas y el ganado...

Los pensamientos de Peter se interrumpieron al llegar junto a un pequeño grupo de peñas que formaban un tosco semicírculo, porque vió la luz de las estrellas reflejada en un tubo de metal blanco y brillante que salía de entre estas rocas. Comprendió que había tropezado con uno de los fusiles ocultos, y sintiendo llegada su última hora, se tiró al suelo, procurando no hacer ruido. En esta posición permaneció algunos momentos, atreviéndose apenas a respirar.

—Me parece que por esta vez no me han descubierto —murmuró al fin—, y voy a arriesgarme a seguir.

Y deslizándose como una serpiente alrededor de las peñas, divisó en el centro del semicírculo un vestido blanco. Entonces quiso retroceder, pero no fué bastante rápido, porque dos ojos negros le miraban ya con expresión salvaje. Inmediatamente una voz de alarma rasgó los aires.

Peter se arrojó sobre él como un tigre, y el habitante de las montañas sintió que una mano musculosa le tapaba la boca y que un brazo fuerte le ceñía por el cuello. Agitóse como un remolino, y durante un momento los dos yacieron en el suelo luchando fieramente. De pronto el de la montaña cayó rígido en los brazos de su contrincante; había dado con la cabeza en una roca y estaba sin conocimiento. De una mirada vió Peter que su contrario quedaria inofensivo durante un

buen rato, y echándose al hombro el rifle de aquél, continuó el descenso de la montaña.

Llegó al fin al valle con las manos y las rodillas arañadas y desolladas. Allí abajo estaba la selva que circundaba la montaña y a través de la cual tenía que pasar. Aparecíasele oscura y medrosa; pero Peter no tenía tiempo para pararse a pensar en eso. El sócorro

tenía que llegar inmediatamente al fuerte si había de servir de algo. A salvo ya de los ojos astutos e innumerables del enemigo, Peter se irguió. Una luna plateada iluminó el sendero, estrecho y tortuoso, que cruzaba la selva, y por él se metió el oficial canturreando en voz baja. El sendero era muy estrecho y a ambos lados de él se levantaban enormes árboles y matorrales enmarañados, por entre los cuales el acceso era casi imposible. La profunda quietud era interrumpida de vez en cuando por un aullido salvaje, y cada vez que Peter lo oía miraba el arma que había quitado al indígena, que era un rifle de dos cañones y de antiguo modelo. Pero como los cañones estaban cargados, esta arma le sería de más utilidad que un revólver si alguno de los habitantes de la selva ponía objeciones a la presencia de un extraño.

—De todos modos —pensaba— no me gustaria tener que hacer uso de este rifle, y tan embebido iba en

**SUSCRÍBETE SI NO ERES SUSCRITOR
SI LO ERES, RENUEVA TU SUSCRICIÓN**

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en el número anterior, página 16.



estas reflexiones, que puso el pie en un hoyo de los que abundaban bastante por el sendero. ¡Qué agujero!

¿Cómo se habrá hecho aquí eso?; pero una mirada en derredor, donde los densos matorrales estaban pisoteados y los árboles rotos por las raíces, le reveló el paso de un rebaño de elefantes.

—¡Atizal! ¡Si es la huella de una pata de elefante!— se dijo—. Pues no me gustaría ni pizca encontrarme con uno de esos animales, porque he oído decir que el último elefante de los rebaños, o sea el que va a retaguardia, suele ser un caballero de lo más fiero. Iré con ojo avizor. Pero, a pesar del cuidado de que llevaba, no tardó en encontrarse con el último elefante de un rebaño que bloqueaba el camino.

Un negrito en peligro.

El elefante estaba quieto, inmóvil, dándose un banquete de manojos de hojas que arrancaba de las copas

de los árboles, entre los cuales se ocultaba su trompa. No se veía de él más que dos piernas enormes que parecían las de un gigante que llevase pantalones muy vueludos y arrugados. Al notar Peter la presencia del animal sintió detrás de sí un grito de horror y se volvió rápidamente con la mano puesta en el gatillo de la escopeta. En medio del sendero hallábase un niño negro, como de cuatro años de edad, que, con los ojos muy abiertos por el terror y el asombro, contemplaba una fiera de piel rayada, que se agazapaba entre los arbustos, al borde del camino.

Peter no vaciló y dió al gatillo de la escopeta, a pesar de que sabía que el tiro llamaría la atención del elefante. El proyectil salió del cañón en el momento que el tigre saltaba por el aire y cayó entre la hierba dando un fiero rugido; el negrito, aprovechando la oportunidad, echó a correr por entre la maleza.

El elefante al oír el ruido bajó la trompa de entre los árboles, serpenteó ésta por el aire como una culebra, y con una sacudida que hizo trepidar hasta el terreno, la corpulenta fiera se echó sobre el indefenso Peter, al mismo tiempo que el tigre se levantaba de entre la maleza. Los dos proyectiles del anticuado rifle no habían hecho más que herir ligeramente a la fiera y enfurecerla más.

Cuando el elefante estaba ya casi encima del oficial y el tigre se encogía para saltar sobre él, Peter vió que no había más que un modo de salvarse, y de un salto, se agarró a la rama de un árbol corpulento y se subió encima de ella.

En tanto el tigre, al lanzarse sobre él, dió en la trompa del elefante a la que se agarró, arañándole con las garras; mugiendo de rabia y dolor el elefante trató de arrojar al tigre lejos, y las dos fieras sostuvieron una encarnizada lucha, durante la cual derribaron la rama en que Peter se había refugiado, y éste fué a caer entre un grupo de arbustos donde encontró al negrito

que acababa de salvar. El pequeño se cogió a sus manos con una confianza instintiva y los dos juntos espionaron la lucha de los animales. El elefante acabó por vencer al tigre, pero no sin que él saliera también lesionado. Tenía varias heridas y marchó por el sendero bramando estentóreamente, pero olvidado por completo del blanco causante de todo.

Peter y el pequeño permanecieron silenciosos hasta que las pisadas del elefante se perdieron en la lejanía y la calma se apoderó de nuevo de la selva; entonces Peter preguntó a su compañero de fatigas.

—¿Cómo te llamas, hijito?

—Me llamo Coli, hijo de Ramullah, y vengo del pueblo que hay al otro lado de la selva.

Peter se quedó asombrado, pues por un extraño juego del destino acababa de salvar la vida al hijo del hombre, por ver al cual había arrastrado tantos peligros.

Ya salía el sol cuando Peter llegó al poblado de Ramullah, llevando en sus brazos al negrito.

Todos los habitantes se habían puesto en movimiento al enterarse que el hijo del jefe estaba perdido por la selva, y habían salido varias patrullas en su busca.

Grande fué, pues, el regocijo del jefe, cuando Peter le devolvió a su hijo que venía medio dormido.

Una hora más tarde, y después que el pequeño Coli hubo contado sus aventuras por la selva, Peter explicó al jefe el objeto de su visita.

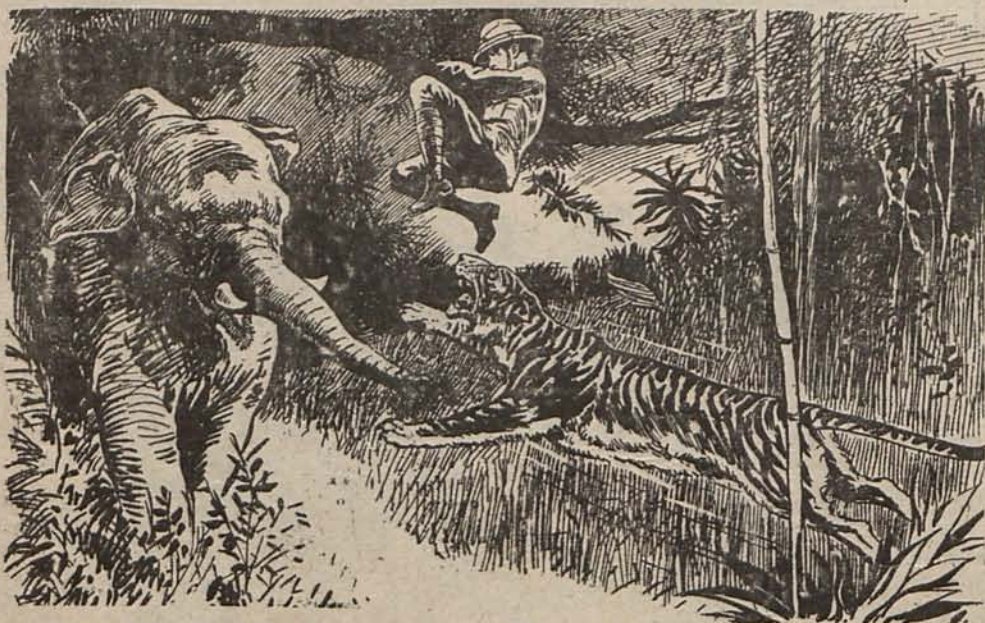
—Esto y mucho más tendréis —replicó Ramullah, dándole un apretón de manos.

Una raza que tiene hijos como tú no puede quedar derrotada.

Y Ramullah cumplió su palabra.

Las provisiones llegaron al fuerte en un convoy guiado por el teniente Peter Cormish, y poco después los habitantes de las montañas eran vencidos y muchos de ellos hechos prisioneros.

El teniente Peter Cormish —ahora capitán— está desde entonces al mando del fuerte de Belnah; pero no ha vuelto a haber más guerras en aquella región, porque el valor de Peter le ha conquistado el respeto de todos sin excluir a las fieras de la selva.





(Continuación.)

En menos de diez segundos fué atravesada la galería.
—¡La caverna!—gritó Vicente sin abandonar la lámpara.

—¡Estamos en salvo!—gritaron Miguel y Roberto.
—Dejémonos arrastrar por las aguas del lago—dijo el doctor.

Las aguas se habían encauzado por una profunda hendidura del suelo, y corrían velozmente hacia el lago mugiendo y saltando.

Aunque los cuatro exploradores hubiesen querido tomar tierra no lo hubieran conseguido, pues las dos orillas estaban cortadas a pico y la corriente era demasiado impetuosa para poderla contrarrestar.

Lo mejor que podían hacer era dejarse arrastrar hasta el lago y después atravesarlo. Ya sabían dónde estaban sus cajas y la balsa del eslavo.

La marcha se había hecho más rápida y dolorosa, pues la velocidad de las aguas les hacía a veces golpearse contra las márgenes o contra las rocas que cubrían el fondo, martirizándoles a fuerza de desolladuras.

Vicente se fatigaba de llevar tanto tiempo en alto la linterna y dos o tres veces estuvo en peligro de hacerla añicos contra las rocas en que chocaba.

—¡Demonio!—murmuraba el valiente marino—. Si esto dura mucho tiempo nos vamos a despellejar.

De pronto llegó a sus oídos un ruido ensordecedor y la corriente se hizo vertiginosa.

¿Qué había sucedido? ¿Se habían abierto las aguas un nuevo paso, precipitándose en el lago?

—¡Doctor!—gritaban los tres pescadores, espantados por aquellos crecientes rugidos.

—Dejaos llevar por la corriente—decía el señor Bandi.

—¿Habrá allí delante alguna catarata?—preguntó Vicente.

—Eso creo.

—¡Nos vamos a reventar, doctor!

—No puede ser muy alta, y, además, el lago es muy profundo.

—¿Y la lámpara?

El doctor se estremeció.

¿Cómo impedir que se les apagara si llegaba a verse envuelta por las aguas al caer en el lago? Era una cosa completamente imposible.

—¡Doctor!

—¡Vicente!

—La lámpara se nos va a apagar.

—Haz lo posible por mantenerla a flor de agua.

—Ya la moja la espuma.

—¡Cuidado!

Ante ellos, a los últimos rayos de la luz de la lámpara, se veían las aguas que espumaban rabiosamente. Una ligera lluvia se sentía en todo el rededor.

La cascada estaba próxima. ¿Era muy alta? ¿Era baja? ¿Había rocas en su fondo?

—¡Cuidado! ¡Atención!...—gritó el doctor por última vez.

Ya estaban envueltos por las masas de espuma. Ensordecidos por el fragor, rodando impulsados por aquel empuje violento, los cuatro desgraciados daban vueltas sobre sí mismos, como pelotas, imposibilitados de mantenerse a flote.

Vicente sostenía, sin embargo, la lámpara en alto, en medio de un nimbo de espuma. Brillaba aún haciendo centellear las aguas y después se apagó bruscamente, en tanto que los cuatro exploradores se sintieron lanzados al vacío...

.....
Cuando después de algunos segundos de angustiosa inmersión subió a flote Vicente, ya no empuñaba la lámpara. En aquella emocionante caída no tuvo la presencia de ánimo necesaria para mantener impedida una de sus manos, la derecha, precisamente la más útil. Además, la pequeña

llama se había apagado en el momento de la caída y de poco les podrían haber servido ya las escasas gotas de aceite que aún quedaban.

Aunque estaba medio asfixiado, pensó en seguida en sus compañeros y, tomando todo el aliento que pudo, gritó:

—¡Doctor!... ¡Miguel!... ¡Roberto!...

El estruendo que hacía la cascada le impidió al principio oír la voz de sus compañeros, pero repitiendo las llamadas le pareció oír, algo lejos, una voz humana que le respondía.

—¿Quién contesta?—gritó con voz fuerte, alejándose cada vez más de la cascada y entrando en el centro del lago.

—¡Yo. Soy Miguel!—contestó la voz después de algunos instantes.

—¿Dónde estás?

—No lo sé; no veo nada.

—¿Y el señor Bandi?—preguntó Vicente con ansiedad.

—No sé por dónde estará.

—¡Mil diablos! ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

¡Doctor!... ¡Doctor!...

Una voz lejana contestó:

—¿Dónde está el doctor?

—¿Eres tú, Roberto?

—Sí, patrón.

—¿Has llegado a la orilla?

—Así lo creo, pues estoy sobre una roca.

—¿Y el doctor?

—No sé nada.

Vicente lanzó un grito de desesperación.

—¡Doctor! ¡En nombre de Dios, contestad!

Sólo el rugir de la cascada contestaba a sus palabras.

—¿Habrá muerto?—dijo el pescador, sollozando—. ¡Roberto!... ¡Miguel! ¡Hay que buscarle!

¡Pero cómo buscarle si estaban completamente a oscuras!

—¡Una luz! ¡Un rayo de luz!—suplicaba Vicente con voz dolorida.

—¡Esperad, patrón!—dijo Roberto—. Aún tengo algunas cerillas... ¡Veamos!

Poco después una pequeña llama difundía su claridad por entre las tinieblas. El joven se percató de que estaba junto a la orilla, y sin decir nada a sus amigos se lanzó entre las rocas carboníferas, guiándose con aquella lucecilla.

—¿Dónde vas? ¡Detente!—gritó el patrón.

Roberto no contestaba. Corría siempre, con fantástica rapidez, manteniendo la cerilla resguardada del aire con ambas manos para que no se le apagase.

Después de algunos segundos se le vió ganar lo alto de una roca, y después desapareció, volviendo a aparecer más lejos.

—¡Detente!—gritaba Vicente—. ¡Espera!

Era en vano. El joven corría cada vez más, como si estuviese loco. De pronto, se le apagó la cerilla y volvió a reinar la oscuridad en el lugar donde se encontraba. Pero a los pocos momentos un grito de alegría resonó en las bóvedas de la galería, llegando a los oídos de Vicente y de Miguel.

—¡Las cajas!—gritó el joven.

En efecto, en su loca carrera, había tropezado contra el cargamento de la chalupa que había quedado en la playa, y cayó de bruces sobre uno de los cajones, dándose un tremendo golpe en la barbilla. Pero los momentos no eran a propósito para ocuparse en su dolor.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones en este mismo número.



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Bueno, pues ven conmigo a su casa que quiero pedirle clemencia.

En seguida todos hicieron causa común con el personaje y se unieron, formando un sólo grupo contra Básım. Como la discusión seguía, hubieron de decirle:

—Todos nosotros iremos a casa de tu jefe y nos pondremos de parte de este joven; atestigüamos que es una buena persona y no un calavera, como suelen ser otros de su edad.

Temió el fingido guardia, oyendo esto, y les contestó:

—Amigos, que deje él de molestar a esta mujer y, en atención a vosotros, que pase por esta vez; pero si vuelve a las andadas, ya sabré yo lo que tengo que hacer.

Al oír estas palabras, todos los presentes se alegraron; diéronle las gracias y hasta pidieron a Dios por su bien. Trajeron al joven perdonado, diciéndole que besara la mano de su protector, como lo ejecutó. Después la mujer y su ofensor hicieron las paces, recitándose la *Fatiha* (primer capítulo del Alcorán). Amonestaron con severidad al joven para que se condujera correctamente. A Básım se le trajo un almuerzo de *basisa* (harina mezclada con manteca y miel); él acabó con todo y aún se bebió una cafetera de café. Y como propina le dieron cuarenta monedas de plata. Las tomó y se quitó de enmedio rápidamente. Y conforme se alejaba, iba diciendo para sus adentros: «Por Dios que este es un gran oficio, mil veces mejor que hacer de bañero o servir a la gente. Desde ahora juro que no he de ser otra cosa sino guardia».

Se puso a recorrer las calles y los zocos, y cada vez que veía a dos en trance de disputar se metía enmedio con la agilidad de una gacela, diciendo:

—¡Venid conmigo ante mi jefe! Os ha visto reñir desde su ventana y me ha enviado a deteneros.

Y seguía molestándoles con sus bravatas y con el torrente de su palabrería, hasta que los atemorizaba. Al fin se llegaba a un acuerdo, y Básım tomaba su propina y se eclipsaba. De esta forma asistió durante el día a cuatro disputas. Sin que nadie lo llamara se presentó, y había cobrado cuatro propinas. A media tarde contó sus ingresos y halló en su bolsillo cien monedas de plata.

—¡Esto es un oficio y lo demás es nada! —exclamó entusiasmado—. ¿Qué me importa a mí que los baños se abran o se estén cerrados? ¡Que el diablo cargue con ellos! El oficio de guardia es mucho mejor y más productivo; jamás me ocuparé en otra cosa. Y que se vaya al cuerno el sinvergüenza del Califa.

Se marchó a comprar su cena y su *haxix*, gastando más que de costumbre, y volvió a su casa contento sobre toda ponderación, sin preocuparse del mundo ni de sus habitantes. Y se puso a guisar.

Por lo que toca al Califa, después de rezar la oración de la noche, llamó a Cháfar y le dijo:

—¡Hala! Prepárate para que nos vayamos a ver a nuestro amigo Básım el herrero.

—Dí, ¡pido perdón al Dios, al altísimo! —contestó Cháfar—. ¿Cómo es posible que vayamos a verlo después de los votos que tú has hecho de que se cerraran los baños y de haberlos cerrado en efecto esta mañana? Claramente se ve tu enemistad hacia él. Ha debido estar todo el día buscándonos, sin podernos encontrar. ¿Vamos a meternos nosotros mismos en la boca del lobo?

—¿Fuiste tú —preguntó el sultán— quien ha invocado a Dios contra él o fui yo?

—Ciertamente que tú —le contestó.

—Entonces no es cuenta tuya. ¡Vamos! Yo sabré entremelas con él.

Cháfar, bien a pesar suyo, se cambió de vestido y los tres salieron por la puerta secreta y se encaminaron a casa de Básım. El visir llamó a la puerta y el herrero se asomó a la ventana muy sonriente.

—Entrad vosotros dos —dijo—, pero si vuestro amigo, el que ha pedido a Dios en contra mía, pasa, le romperé los huesos con la carne.

—¿Por qué? —preguntó el Califa—. Si te opones a mi deseo y no me dejas entrar, yo invocaré al Señor para que levante contra ti al gobernador, el emir Jalid, que te prenderá, te propinará una paliza y te meterá en la cárcel de los asesinos.

Tuvo miedo Básım y le dijo:

—¡Hombrel! ¡Dios y los Santos están sobre ti! Por Dios, que tus imprecaciones no han fallado. Te pido por favor que no hagas ninguna invocación en contra mía; no hay para mí huesped más grato que tú... y «el que ha pasado ha muerto, mientras que nosotros vivimos todavía». ¡Perdóname!

—¡Dios te perdone —le dijo el Califa— y te libre de obligaciones!

Mientras tanto los visitantes seguían de pie a la puerta de la casa; el herrero bajó y les abrió. Subieron a la sala, el dueño les preparó la cena y les dijo:

—Comed de lo que la Providencia se ha dignado repartir.

Y comieron hasta hartarse. Después Básım les trajo la cazuela con *haxix*, diciéndoles:

—Tomad y alegraos; yo estoy muy contento y tengo grandes motivos para divertirnos. Esta noche debemos pasarla completamente felices.

—Mi corazón ha estado hoy todo el día junto a ti —dijo el Sultán a Básım—. He sabido que el Califa ha mandado cerrar los baños; esto me ha contrariado mucho y he pensado: «¿Cómo se las arreglará nuestro amigo Básım?»

—¿Qué se me da a mí del Califa? —contestó displicente el herrero—. ¿Qué me importa este maldito mamarracho?

Cháfar se inclinó hacia el Califa y le dijo discretamente: —Este hombre principia a desbarar.

—No hagas caso —repuso Harún—; desde el momento en que intentamos llevarle la contraria, es preciso que aguantemos sus impertinencias de lenguaje. «¿Quién conoce a Aixa en el mercado de las telas?»

Y dirigiéndose a Básım, le preguntó:

—Por Dios, cuéntanos lo que te ha sucedido.

—Nada de particular —contestó—. Me fui esta mañana al baño y lo encontré cerrado, y al dueño y los operarios de pie ante la puerta. Al verme llegar me pusieron muy mala cara, me injuriaron y me echaron de allí, diciéndome: «Tu mala suerte nos ha fastidiado a todos». Y os confieso que esto me pareció insoportable. Volví a casa a coger mi bastón y me dediqué a buscarlos, sin poder encontrar rastro de vosotros; si llego a tropezaros, os doy en un día tantos palos como se pueden dar en un año, pero vuestra buena suerte os ha valido. Al rato, una mujer me llama y me dice: «Señor, ¿tú eres guardia?» «Si, le respondí». Y me llevó ante un joven que la molestaba con sus groserías. Me fui allá, lo insulté y lo puse en ridículo en el zoco, dejándolo hecho un guñapo. Al fin llegaron a un acuerdo y me dieron una propina de cuarenta monedas de plata por mi eficaz intervención. De esta manera, poniendo a todo el mundo cara fosca, fui recorriendo la población, y cada vez que veía una disputa me metía en medio con mi bastón en alto, como si fuera agente de la autoridad. Me he proporcionado un jefe de mi propia invención, a quien he llamado el comandante Izrail; se han dejado llevar de las apariencias y han caído en la trampa. He asistido a cuatro riñas y en todas he cobrado la propina; en total, he sacado cien monedas de plata. Si el día hubiera sido un poco más largo, aún hubiera sacado algo más. Aquí me tenéis, pues, convertido en guardia y sin importarme un ardite del Califa y de que mande cerrar o abrir los baños. ¡Que Dios le cierre a él la boca!

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen muchísimas ventajas y regalos, además del cariño especial de

PINOCHO

EL REGALO DEL REY RINASI

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

El rey Cacatúa quedó sorprendido —casi se desmayó— al contemplar el presente que le enviaba Rinasi, rey de Pichinkito. Era un animal extraordinario, nunca visto por aquellos lugares, el regalo del vecino rey.

—¿Pero cómo se llama este monstruo? —preguntó Cacatúa a su camarilla.

Y el sabio del país, que usaba lentes azules, rabo de chimpancé y una levita verde, contestó:

—Señor, esto es un centauro.

—Tiene medio cuerpo de caballo —dijo el rey— y otro medio de hombre.

—Es verdad; por eso, ya que no matarlo, debemos partirlo en dos pedazos iguales. Este bicho es muy peligroso, señor.

Cacatúa se acarició la coronilla, como hacía en todo momento difícil, meditó, miró detenidamente los ojos del centauro...

—No me parece mala idea —dijo por último—. Que traigan un carnicero.

Y acto seguido vino un carnicero, provisto de una sierra imponente.

—¡A cortar! —ordenó el rey—. Hay que dividirlo en dos pedazos iguales.

—¡Ayl, jay! —comenzó a gritar el centauro, a poco de sentir el frío de la sierra.

—Pero el carnicero no atendió a tales gritos y continuó cortando.

—¡Ayl, jay! —volvió a gritar el animal. Y como tampoco le hicieran caso, el centauro brincó desesperadamente, se libertó del hierro y consiguió encaramarse, de dos saltos más, en la terraza del palacio.

El rey, el sabio y el carnicero, pasado el primer susto, corrieron al alcance del bicho. Pero... ¡imposible! El centauro corría mucho, volaba a través del palacio, atravesaba salones y salones, y cuando se veía acorralado, arrinconado, saltaba por encima del rey, del sabio y del carnicero, y no había manera de cogerlo.

—No me partirás en dos pedazos —decía el centauro, burlándose de los tres infelices.

En tal situación, el rey Cacatúa, que tenía muy buena letra, escribió una carta a Rinasi, contándole lo que pasaba. Y a los pocos momentos, Cacatúa recibió la contestación del rey de Pichinkito, que decía así: «El centauro que te he regalado se llama Cilope. Lograrás que te obedezca, nombrándole la princesa Gorguita».

Con este consejo, el rey, el sabio y el carnicero fue-

ron en busca del centauro, que ahora se entretenía en el jardín, como un animal, arrancando los árboles más hermosos.

—Caprichos de estos bichos —dijo el sabio, que conocía las costumbres de todas las bestias.

—¡Cilope! ¡Cilope! —gritó el rey—; si vienes, te mostraremos la princesa Gorguita.

Cilope abandonó su diversión y se acercó a Cacatúa, al sabio y al carnicero, manso como una oveja.

—¿Dónde está la princesa Gorguita? —preguntó.

—Mañana la verás —le contestó el rey.

—Quiero ver a la princesa —exigió Cilope.

Y como el rey repitiese que no la podría ver hasta el otro día, el centauro cogió a Cacatúa, sin compasión, por los pelos, y lo zarandeó a su gusto.

El rey se indignó, rabió, pataleó y le escribió a Rinasi, en primorosa letra gótica, otra carta violenta: «Si no te llevas a Cilope —le decía— te declaro la guerra inmediatamente». A lo que contestó en seguida, a vuelta de correo, el rey de Pichinkito: «El centauro no puede volver a mi país. Si quieres amansar a Cilope, ofrécele miel de Himeto».

Cacatúa buscó miel de Himeto, se la dió a probar al centauro, y como viera a éste tranquilo, se abrevió a preguntarle:

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu vida? ¿Por qué has venido a mi reino?

—Yo, señor —contestó el centauro en un tono ama-

bilísimo, que no había empleado hasta entonces—; yo, señor, no soy uno, sino dos: yo y éste —y señaló al cuerpo del caballo—. Ambos éramos hombres, naturales de Pichinkito. En Pichinkito tuvimos la desgracia de enamorarnos de la princesa Gorguita, la hija de Rinasi. Una tarde fuimos al palacio y nos sorprendió, para nuestro infortunio, el mago particular del rey, quien tocándonos con una porra, nos convirtió en centauro. El mago nos presentó a Rinasi, el cual, así que nos hubo contemplado largamente, exclamó: «¡Buen regalo para Cacatúa!» Y en un cajón, como me visteis

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).



llegar, me trajeron a vuestro reino. No sé —agregó Cilope— por dónde podría ir a Pichinquito; pero de ir alguna vez, me vengaría de Rinasi y su mago, robando a la princesa Gorguita. Mi gran deseo, sin embargo, es volver a mi antigua forma.

—No te apures —dijo Cacatúa, profundamente indignado—. Te salvaré y castigaré a Rinasi, que ha intentado burlarse de mi persona.

Y el rey, dirigiéndose a un criado, ordenó:

—Llama a Garlito, el mago de la torre.

A poco apareció Garlito, todo vestido de negro.

—Observa este animal —le mandó Cacatúa—. Hay que transformarlo.

Garlito se acercó a Cilope, le acarició la cola, le miró a los ojos, le tocó suavemente, con una porra de terciopelo, en las costillas, y luego dijo:

—Señor, este centauro no puede transformarse. Se opone a ello el mago de Pichinquito.

—Fíjate bien —le ordenó el rey—. Tenemos que vengarnos de la burla de Rinasi, salvando a estos infelices.

—Me parece imposible vuestra venganza.

Al oír esta afirmación, el centauro se enfureció gravemente, y hubieron de darle, para calmarlo, cinco cucharadas de miel de Himeto.

—En fin —dijo Cacatúa—, estudia el problema.

Garlito se fué a su torre, estudió el problema y bajó, radiante de alegría, al poco rato.

—Ya está resuelto todo —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el rey.

—Con esta capa —y Garlito mostró una capa larguísima—. Dejadme acompañar a Cilope, que yo sabré vengaros, señor, conforme llegue a Pichinquito.

Y como Cacatúa tenía confianza en su mago, lo dejó marchar con el centauro, en la seguridad de que cumpliría su misión.

Cuando los viajeros llegaron a las puertas del palacio de Rinasi, Garlito aconsejó a Cilope.

—Ahora —le dijo— te pondrás en pie, sosteniéndote sobre tus patas traseras, y te embozarás en esta capa. Así parecerás un gigante y nadie, de no ser yo, sabrá que eres centauro.

Obedeció el animal y en esa forma llegaron a presencia de Rinasi.

—Señor —dijo el mago—, aquí os traigo este gigante, único en el mundo, como regalo del rey Cacatúa.

Rinasi, admirado, observó al gigante, y tanto le agra-

dó, que lo nombró, desde aquel momento, Guarda General del palacio.

—Tu oficio —le dijo— es estar en la puerta. En ella vigilarás con cuidado sumo.

Y así fué. Aquella misma noche, Cilope, en pie y embozado en su capa, se colocó en la puerta del palacio. Conforme vió aparecer al mago de Pichinquito, lo agarró por una oreja, le dió tres golpes, con el puño cerrado, en las narices, y levantándolo a una altura de dos metros, le dijo:

—Soy Cilope. Si no me transformas, te mataré como a un perro.

El mago quedó aterrorizado, y aunque pretendió huir, no tuvo más remedio que realizar la transformación.

—No digáis nada a Rinasi —rogó el aporreado, a quien le asustaba que el rey se enterase de aquello—. Huid de aquí.

Conforme se marchó el infeliz mago, los dos amigos, ya transformados en hombres, se abrazaron cariñosamente.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó el que había sido cuerpo de caballo.

—Tú —le contestó el otro— marcharás con Garlito, para relatar a Cacatúa, que estará impaciente, el éxito de la empresa. Yo he de quedar aquí para cumplir la segunda parte de nuestra venganza.

A fin de que no percibieran la disminución de estatura, el más vengativo se subió en unos zancos, se volvió a cubrir con la capa y esperó. Esperó hasta las siete de la mañana, hora en que acostumbraba a salir, completamente sola, la princesa Gorguita.

Por fin, dando las siete, apareció la princesa, y nuestro hombre no tuvo otra idea que cogerla, no muy cariñosamente, por el cogote, alzarla hasta la grupa de un caballo —que había aparejado con anticipación— y salir a todo correr, a todo correr, camino del reino de Cacatúa.

Si os digo verdad, la princesa Gorguita pasó un susto muy grande, se desmayó; pero quien sufrió, rabió y pateó fué Rinasi, rey de Pichinquito, al enterarse de la venganza de Cacatúa, realizada por Garlito y Cilope.

FIN

Sólo mis suscritores pueden tomar parte en mis Concursos, colaborar en mi Revista y tomar parte en mi sorteo de regalos.

PINOCHO





DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



COLORÍN Y SU PANDILLA



EL TEATRO DE PINOCHO

EL CALIFA CIGÜEÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN CUADROS, SOBRE UN CUENTO DE GUILLERMO HAUFF

(Conclusión.)

VISIR. ¡Eso es! Ahora mismo nos volvemos hacia Oriente, nos inclinamos tres veces y decimos... ¡Es muy sencillo...! ¿Cómo hay que decir...? ¡Mu..., mu...!

LECHUZ. ¡Mutabor, hombre; mutabor!

VISIR. ¡Eso, eso!

CALIFA. Antes de nada tengo que agradecerte el que nos hayas salvado la vida. Como muestra de agradecimiento por el bien que nos has hecho, acéptame por esposo.

VISIR. (Aparte.) ¡Que sea joven! ¡Que sea joven y hermosa!

CALIFA. Ahora transformémonos... Una, dos y tres...

LOS DOS. ¡Mutabor!

(Se queda la escena a oscuras. Cuando vuelve a iluminarse están el Visir y el Califa como en el primer cuadro del segundo acto. En lugar de la lechuza hay una hermosa princesa ataviada espléndidamente.)

VISIR. ¡Muy bien, muy bien! ¡Ya estoy como estabas! ¡Viva mi Califa!

CALIFA. ¡Dame un abrazo!

VISIR. ¡Y tres!

LA PRINCESA. ¿No reconocéis a la lechuza?

CALIFA. ¡Oh maravilla!

VISIR. ¡Me he salvado del palo en una tabla!

CALIFA. Me alegro de haber sido convertido en cigüeña para tener la felicidad de conseguir tu mano.

VISIR. ¡Viva la feliz pareja!

CALIFA. Ahora a Bagdad.

PRINCESA. ¡Vamos!

VISIR. ¡Vamos volando! Digo, no; volando, no. Por fortuna, ya no tenemos alas.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Una tienda en el mercado de la ciudad de Bagdad. Hablan en escena el Mercader y el Capitán. Es de día.

EL CAPITÁN. Cada día que pasa, recuerdo más a nuestro buen Califa Chasid, del que no se ha vuelto a tener noticia, como si hubiera partido sin dejar rastro.

EL MERCADER. Y cada día que pasa, el pueblo odia más al nuevo Califa, a ese cruel Mizra, cuya avaricia ha hecho recargar los impuestos para aumentar los tesoros de sus arcas.

CAPITÁN. Por lo visto, los días prósperos han terminado ya para la ciudad de Bagdad.

MERCADER. Por ver otra vez a Chasid sentado en su trono, daría la mitad de cuanto poseo.

CAPITÁN. Tú eres quien menos se puede quejar. Al fin y al cabo tienes un negocio abierto. Pero, ¿y nosotros, los soldados de la guardia del Califa? El avaricioso Mizra nos ha rebajado la soldada, pretextando que en tiempos de paz no tiene que pagar excesivamente a la guardia que le defiende. ¡Como si en tiempo de paz, no comiéramos los capitanes y los soldados!

MERCADER. Pues desde que él está, como aumentaron las contribuciones, nadie dispone de dinero para comprar en los bazares.

CAPITÁN. Bueno, pero siempre llegan extranjeros a Bagdad.

MERCADER. Cada día menos. El Califa cobra un fuerte portazgo a los que quieren entrar en la ciudad.

CAPITÁN. Entonces..., ¿es la ruina?

MERCADER. Si Alá no lo remedia.

CAPITÁN. No te quejes tan pronto, mercader. Allí se acercan tres extranjeros. Tal vez sean ricos y compren en tu tienda tapices o joyas. En cambio, yo..., como no les venda mi espada o mi turbante! Me ofreceré de guía.

(Entran en escena La Princesa, El Califa y el Gran Visir.)

MERCADER. Tapices de Persia, nobles extranjeros. Porcelana de China. ¿Queréis comprar algo en mi tienda?

CAPITÁN. ¿Deseáis un guía para recorrer la ciudad de Bagdad?

CALIFA. ¿Cómo te ofreces de guía, si eres un capitán?

CAPITÁN. Noble extranjero, nada se gana al servicio de los tiranos. ¿Verdad, mercader?

MERCADER. ¡Ah, si nuestro señor Chasid volviera!

CALIFA. ¿Es posible que no me reconozcas, capitán?

VISIR. ¿Tú, mercader, no te acuerdas de mí? ¿He cambiado tanto en tan pocos días?

MERCADER. ¡Oh, si te reconocí! ¡Eres el Gran Visir Mansor!

CAPITÁN. ¡Eres mi amado Califa Chasid! ¿Dónde tenía los ojos, que no te he reconocido?

MERCADER. ¿Es el Califa Chasid, dice?

CAPITÁN. ¡Sí! ¡El es! ¡Bien venido seas, señor!

MERCADER. ¡Bien venido seas!

CALIFA. ¿Tan pronto se me había olvidado en Bagdad?

CAPITÁN. ¿Olvidarte? ¡Todo menos eso! Déjame que te pruebe que no. Déjame que corra por Bagdad la nueva feliz de tu regreso.

CALIFA. ¡No seas imprudente! Hay en el trono un usurpador, que podría mandarte matar si intentas...

CAPITÁN. ¿Y qué me importa? Hace ya demasiado tiempo que mi alfanje no veía la luz por ninguna causa justa. Señor, corro a dar cuenta al pueblo de tu llegada. (Vase).

CALIFA. ¡Va loco! ¡Detenedle!

MERCADER. Déjalo ir, señor. El pueblo será feliz al conocer la noticia de tu regreso. Te hemos llorado por muerto...

CALIFA. Sin embargo, pronto me habéis substituido.

MERCADER. ¿Lo dices por el nuevo Califa? El sólo se adueñó del poder. ¡Harto sufrimos su tiranía!

CALIFA. ¿Tú crees que el pueblo se alegrará de mi vuelta?

(Se oyen gritos y aclamaciones.)

MERCADER. Oye tú mismo la voz de tu pueblo.

CALIFA. ¡Oh, amada princesa! ¡Qué feliz soy de poderte ofrecer nuevamente mi mano, ahora que el pueblo de Bagdad celebra mi llegada!

LA PRINCESA. Aunque fueras el más pobre de los esclavos, y no el altísimo Califa de Bagdad, yo lo mismo te amaría y sería tuya. Por otra parte, mi padre es rico y poderoso. Debes avisarle al punto que estoy viva y que soy feliz a tu lado.

CALIFA. El fiel capitán recibirá ese encargo, si mi buen Visir no quiere cumplirlo.

VISIR. Yo obedezco siempre. Pero ardo en deseos de abrazar a mi mujer y mis hijos. Además, quiero ver en qué acaba esto y estar a tu lado.

(Aumenta el rumor de las aclamaciones. Grupos de gente llegan vitoreando al Califa Chasid. El capitán entra con la espada desenvainada.)

CAPITÁN. ¡Oh, noble señor! Tuyo es el trono nuevamente, tuya es la ciudad de Bagdad, como tuyo es el amor de sus hijos. En cuanto la guardia ha sabido tu regreso, nos hemos apresurado a coger prisioneros al falso Califa Mizra y a su padre, el brujo. Aquí los hemos traído, por si tú mismo quieres hacerle justicia.

(Entran el buhonero del primer acto y Mizra, cargados de cadenas.)

CALIFA. No quiero extremar mi crueldad con vosotros, pues deja de ser justicia la justicia cuando es cruel. Al brujo, para que no pueda atormentar a nadie con sus infames brujerías, conducidle prisionero y custodiado siempre a las ruinas del castillo donde vivió la princesa convertida en lechuza.

VISIR. Eso está bien. Pero, ¿por qué no haces con éstos uso de los polvitos mágicos?

CALIFA. Los reservo para el falso Califa, con objeto de que quede convertido en cigüeña para toda la vida.

VISIR. No está mal. Ahora va a ver lo que es bueno.

CALIFA. Ahora, a todos os presento a la princesa que desde hoy ha de compartir el trono de Bagdad.

TODOS. ¡Viva! ¡Viva el buen Califa Chasid! ¡Viva la princesa!

VISIR. ¡Viva el Gran Visir!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

Cae el telón entre gran alegría de todos.

FIN DE «EL CALIFA CIGÜEÑA»

NOTA

Para la obra titulada *La Rosa Marina de la Princesa de la China*, se pueden utilizar las siguientes decoraciones:

Para el acto II, cuadro 4.º, que es *La Selva sin límites*, utilícese el decorado de la *Casa de Turrón*, actos I y II, números 1 y 4.

Para el acto II, cuadro 6.º, que es *El jardín de la Princesa cara de Lirio*, utilícese el acto II, número 2, de la *Casa de Turrón*, y el acto II, números 3 y 4, de *La Princesita limpia*.

Para el acto III, cuadro 7.º, utilícese el acto I, cuadro 2.º, números 3 y 4.

Para el acto III, cuadro 8.º, utilícese el acto I, número 2, de la *Casa de Turrón*.

El acto III, cuadro 9.º, es la misma decoración del cuadro 1.º, completa.

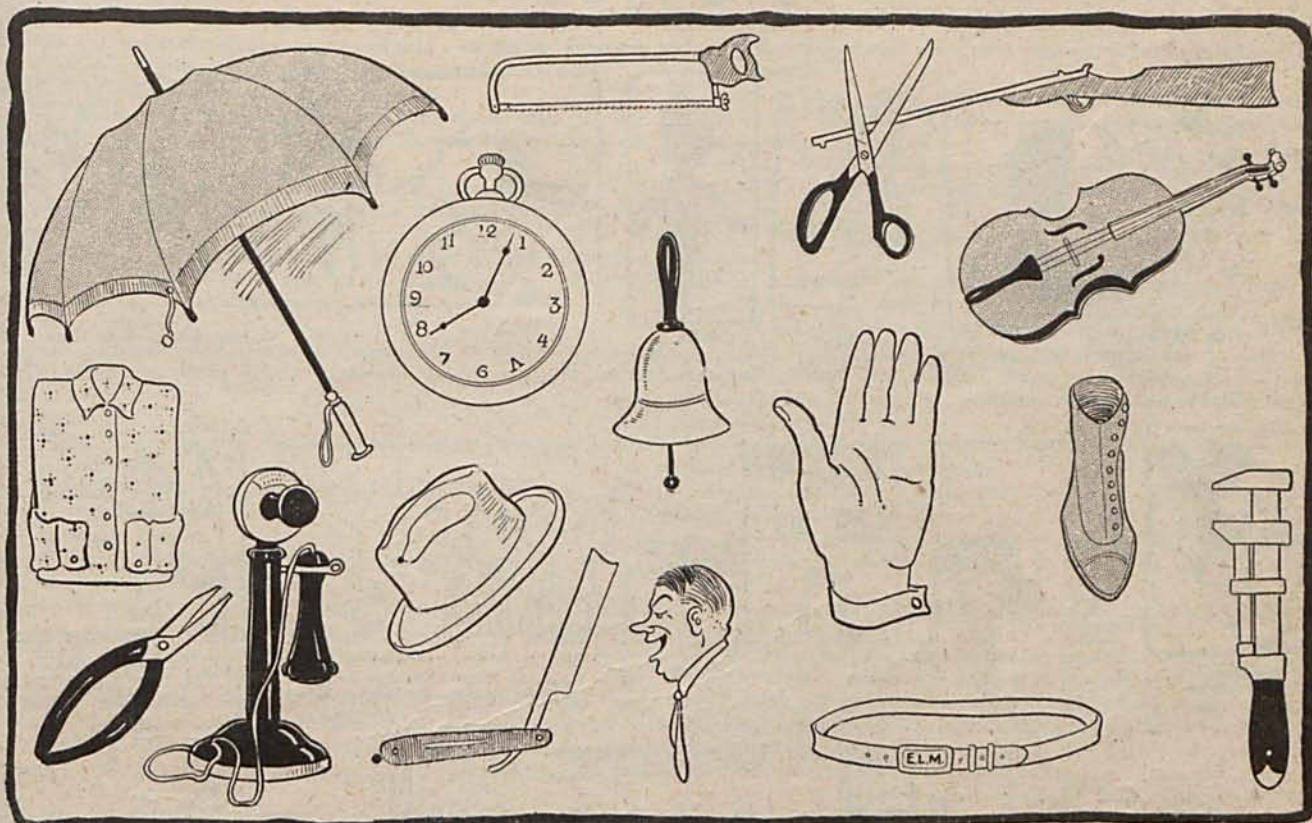
□ □

Recortese este espacio en blanco.



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

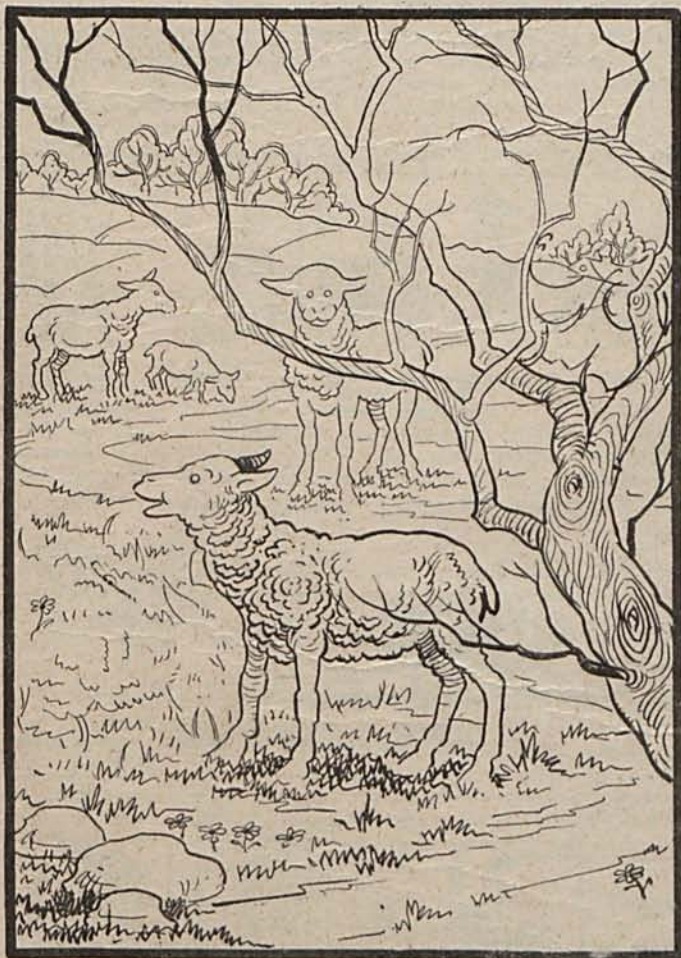
¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



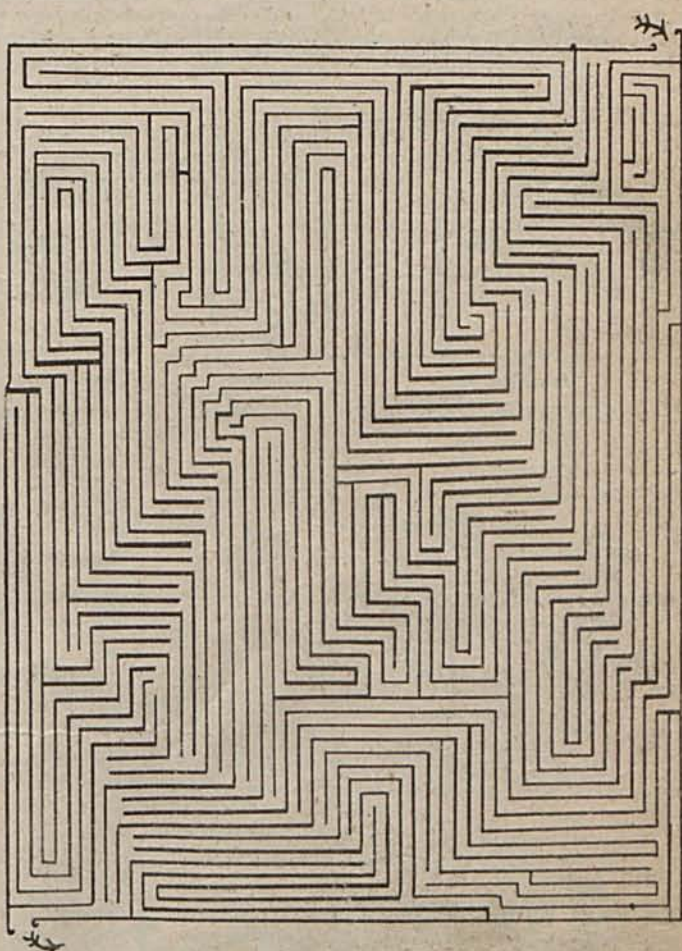
En este dibujo, como veis, hay varios objetos dibujados. ¡Y hay que ver cómo están dibujados! ¡Con deciros que hay pintadas 17 cosas y son 18 los errores que yo he contado! Uno de ellos, por ejemplo, es que la mano tiene tres dedos iguales. ¿Cuáles son los otros 17?

¡POBRE CORDERITO!

EL LABERINTO



Muy malos debían de ser Juanita y Antonio para hacer lo que hicieron. Figuraos que una tarde, al salir del colegio, se fueron al campo sin permiso de nadie, y lo primero que se les ocurrió fué coger a una cordera y esconderla para asustar a sus hijitos. Ved al pobre corderito cómo bala llamando a su madre. ¿Me podéis decir dónde están escondidos Juanita, Antonio y la cordera?



He aquí todo un señor laberinto. En éste no se trata de llegar al centro, pues como veis no le hay. El «intrínquis» consiste en entrar por una puerta y, así como quien no hace nada, salir por la otra.

Cuando mandéis la solución, indicad el camino recorrido con una línea de puntos.

COLABORACION PINOCHISTA

DIBUJOS



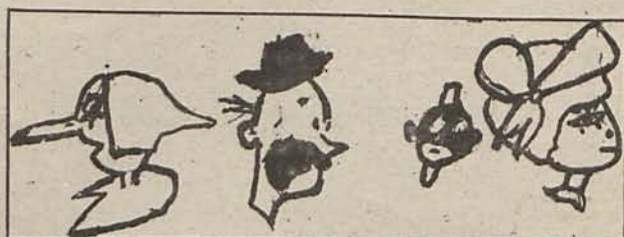
¡Viva Pinocho!
MIGUEL LOZANO.



Un pajarito.
ARTURO LAPLANA.
Nueve años. Madrid.



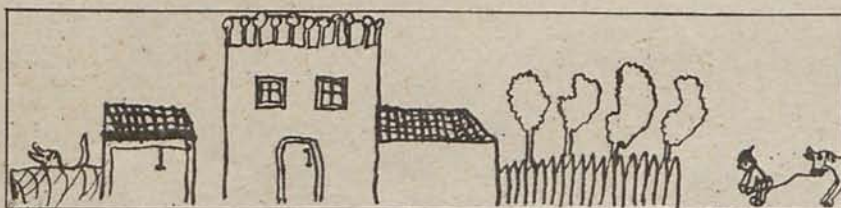
Curritche.
MERCEDES REY.
Trece años. París.



LUIS ARIAS.—Siete años.

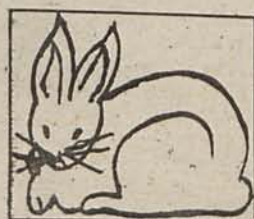


Pirula, por
MARÍA DE ALVEAR.
Ocho años. Madrid.



Mi casa.

JOAQUÍN TERAS.—Nueve años. Madrid.



Un conejito.
MARÍA BARROSO.
Diez años. Málaga.



Mi casita de campo.
M. PÉREZ CASTILLO.
Once años.



Pinocho, enfermo.
JESÚS SÁENZ DÍEZ.
Ocho años. Vigo.



Paisaje, por

JOSÉ GONZÁLEZ.
Once años.



Mi perra Chola, con mi «auto», sola.
PEPITO MARTÍNEZ DE LA CONCHA.
Nueve años. Badajoz.



Un examen, por
MANOLO ROBLES.
Once años. Madrid.



Un orador, por
JULIÁN ORALEN.
Doce años.



Pinocho, por
J. J. D.
Ocho años.



Dos de las fachadas del palacio de Pinocho.
MARIO J. MAZAS.
Siete años. Orense.



Un interior interesante.
J. G.
Once años.



Madre e hija, por
DEMETRIO VALDÉS.
Panamá.



Curritche, por
V. TACÓN.—Nue-
ve años. Madrid.



El político español más lis-
to, por
RAMÓN S. EMETERIO.
12 años. Arrázola (Vizcaya)



Un bolquete.
PEDRO DÍAZ FERNÁNDEZ.



Mi gallito.
ALFREDO BERTAND ARGÜE-
LLES.



Pinocho.
PEPITA PÉREZ.
Nueve años. Madrid.



Pinocho, triunfador.

F. CASADO.
Once años.



Un vapor.
LEOCADIO PINEDA.
Cinco años.



Una maceta.
L. P.



Un pintor ambulante.
R. POMAR.
Diez años.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Si te hablo con franqueza, como se habla a un amigo, debo decirte que hoy no deseo saber nada. ¡Hace tanto calor...!

—Querrás decir que no quieres escucharme.

—No es eso, buho. Estoy dispuesto a escucharte en todo momento; pero hoy no tengo curiosidad. Este Madrid, con su fuego, me tiene perezoso.

—Vamos, que para ti, en llegando el verano, ha concluido todo esfuerzo. Ni siquiera te queda ánimo para hacerme una pregunta. ¿No es así?

—No, querido buho. Precisamente, en estos últimos días, ando preocupado, deseoso de saber con exactitud dónde está el Liliput.

—Dirás el país de los liliputienses.

—Justamente, buho.

—Pues el Liliput, nación, lugar o comarca de los liliputienses, no está en parte alguna; no la encontrarías, por consiguiente, en el mapa.

—¿Es posible?

—El Liliput es un país fantástico, que no existe. Proviene de una novela. Nada más.

—No existirá el Liliput; pero existen los liliputienses.

—Los enanos, querido Chonón.

—Eso es, los enanos.

—Los enanos son unos pobrecillos; tú los has visto.

—Son muy listos, dicen.

—Eso de que los enanos son listos, astutos, maliciosos, irritables, etc., etc., no es más que una fantasía popular. Los enanos, en realidad, son seres de escasa inteligencia. Digan lo que quieran, el enano es un ser que, por una degeneración, no ha podido crecer más, quedando, como tú sabes, con las piernas cortas, cortos los brazos, exiguo el tronco y voluminosa, la mayoría de las veces, su cabeza. Un hombre, así empuñecido, no puede tener de ninguna forma la inteligencia, el talento de un hombre normal.

—Ya me lo supongo.

—Claro que existen razas humanas de talla verdaderamente exigua y que alcanzan los límites de lo normal. Ahí están, por ejemplo, los pigmeos, hallados por Stanley en las cercanías del lago Tanganika, y cuya talla no pasa, a veces, de 66 centímetros.

—¿Y hay muchas clases de enanos, querido buho?

—Muchísimas. Hay unos completamente idiotas.

—¿Es posible?

—Tontos de remate, Chonón. Se caracterizan por su cara abotargada y sus miembros sumamente gruesos y redondos. Su cráneo es enorme, voluminoso por detrás y estrecho, sumamente estrecho, por delante. Tienen la nariz chata, una lengua extraordinariamente grande y los dientes, casi siempre, cariados.

—Vaya un monstruo.

—Pues a pesar de ello, manifiestan estos enanos, algunas veces, sentimientos afectivos.

—Menos mal.

—Duran, cuando más, cuarenta años.

—No es poco, buho.

—Otros enanos hay cuya pequeñez débenla, tan sólo, al escaso desarrollo de las extremidades. Brazos y piernas son, en estos seres, cortísimos; en tanto el tronco y la cabeza presentan un desarrollo normal.

—Los he visto así más de una vez.

—¿Dónde?

—En París y en Londres, el verano pasado.

—Bien. Hay otros enanos, los enanos raquíticos, que son verdaderamente deformes. Comby los compara a una calabaza. La cabeza de aquellos seres es cuadrada, horriblemente fea. Las piernas se separan de las maneras más originales: en forma de X, en K, en D, en O.

—¡Pobrecillos!

—Una verdadera lástima, Chonón. Pero esos enanos, ya ves, son

inteligentes, bastante inteligentes. Hay otras muchas clases de enanos; pero todos vienen a ser, con más o menos semejanzas, de la misma manera.

—Sin embargo, debo decirte que yo he visto enanos, pequeños como un niño de seis años, perfectamente proporcionados, como una persona mayor en pequeño.

—Sí, también los hay. A esos han llegado a llamarlos liliputienses hoy día, y son los enanos más simpáticos; acaso, también, los más listos.

—¿Y en los animales, como en las personas, no se da el caso de nanismo?

—Lo mismo que en las personas. Quizá con más frecuencia, Chonón.

—Los bufones, los antiguos bufones eran enanos, ¿verdad?

—Unos, sí; otros, no. Generalmente el bufón era un ser deforme, de figura grotesca, pero no un enano precisamente. El bufón, además, había de ser listísimo, suspicaz e ingenioso, cualidades éstas de que carecen los enanos.

—Yo creía, la verdad, que los bufones habían sido unos tontos; cuando más, unos desgraciados.

—¡Qué equivocado estás! Hubo bufones que llegaron a obtener condición de hidalgos, incluso títulos de nobleza. Carlos V de Francia profesaba tal cariño a Saint-Léger, su bufón, que al morir éste le erigió un magnífico sepulcro en la iglesia de San Mauricio, de Senlis.

—Y en resumidas cuentas, ¿qué hacían los bufones para ganar esas prerrogativas?

—El bufón saltaba como un mono, tocaba la vihuela, danzaba de modo grotesco, recitaba versos y canciones, daba contestaciones agudísimas al que le dirigía la palabra, y siempre tenía dispuesto un chiste, un cuento, un acertijo, para el auditorio. El oficio de bufón, como puedes ver, no era fácil. Necesitaba su aprendizaje, y, por consiguiente, un profesor. El bufón era agasajado, obsequiado y querido, cuando obtenía éxito, es decir, cuando hacía reír, en tanto era castigado, azotado, cuando sus gracias eran insuficientes.

—¡Infeliz!

—Algunas personas creen que los bufones abundaron, principalmente, en la Edad Media y principios de la moderna. Pero es cosa segura que la moda de sostener bufones data de los primeros tiempos de la civilización, y parece haber tenido su origen en Asia, entre los persas, sobre todo en Susa y Ecbatana. También, sin duda alguna, en las ciudades de Egipto. En las pinturas que decoran los antiguos sepulcros de Heptanómida se ven personajes egipcios, acompañados de individuos contrahechos y grotescos.

—¿Qué cultura tienes, amigo buho!

—Del Oriente pasó la costumbre a Grecia, y de ésta, a Roma.

—¿Y cuándo ejercía el bufón sus funciones?

—Generalmente, a la hora de las comidas. A esas horas, ante los invitados, el bufón realizaba toda suerte de bufonadas. Es seguro que los romanos, aficionados al lujo y la ostentación, se procuraran muchos bufones, enanos, seres grotescos, figuras las más absurdas y cómicas.

—Ahora recuerdo: estábamos hablando, en un principio, de los enanos. ¿No es así?

—Justamente.

—Ya lo había olvidado.

—¡Hace tanto calor...!

—Es que tengo sueño, buho.

—Lo comprendo. Otro día, con más tiempo, he de hablarte de eso, precisamente.

—¿De qué?

—De eso, del sueño, del calor...

—Pero ahora no me hables de nada.

—Ni media palabra más. Te dejo dormir. Adiós.

—Adiós.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

Fallo del Jurado.

Pasado el tiempo reglamentario, se constituyó un tribunal especial, competentísimo, para juzgar las soluciones del mes de marzo. Día tras día, en una labor abrumadora, Pinocho, Pirula y Morronguis, que formaban el tribunal, trabajaron sin descanso, buscando en las innumerables soluciones recibidas las cinco soluciones más acabadas y perfectas. El éxito, siempre seguro, cuando se trata de PINOCHO, coronó la penosísima labor, y he aquí los nombres de los cinco Pinochistas afortunados en esta nueva serie:

Primer premio.—Un lote de libros, por valor de 25 pesetas, a la Pinochista Pilar Gillis Yuste (Guernica, Vizcaya).

Segundo premio.—Un lote de libros, por valor de 20 pesetas, al Pinochista Carlitos Pittaluga y González del Campillo (Madrid).

Tercer premio.—Un lote de libros, por valor de 15 pesetas, al Pinochista José Antonio Eguileta (Vitoria).

Cuarto premio.—Un lote de libros, por valor de 10 pesetas, al Pinochista Enrique C. Latorre (Madrid).

Quinto premio.—Un lote de libros, por valor de 5 pesetas, a la Pinochista Isabelita F. Guardiola (Jaén).

CORRESPONDENCIA

Mercedes Sáenz.—Cuando volvamos a admitir colaboración, te ruego que me remitas nuevos trabajos. Lei tu carta con mucho gusto, y la leyerón, además, con más gusto todavía, Pirula, Anita, Morronguis, Don Turulato, Currinche, Cañamón, el capitán Corretón y sus chicos Tin y Ton.

Leonor Velasco.—Si a propósito de tu dibujo hube de contestarte en esta página, no te preocupes, Leonor. Ya saldrá. Ya, a su tiempo, aparecerá en las páginas de PINOCHO. Sólo para ello, sólo para salir de tanto trabajo como tengo acumulado, he dispuesto en estos días no admitir más colaboración...

Maribel y Julio Cafranga.—Recibí vuestro cuento, el cual es hermoso, y gracioso, y primoroso. Pero... hasta nuevo aviso, mis queridos amigos, no admito más colaboración. ¿Estamos?

Gury.—No sabes cuánto agradezco tu magnífica carta y, sobre todo, tu amable invitación. Me alegra muchísimo tus muestras de cariño, adorable Gury. Y siento —ahora más que nunca— no poder publicar tu dibujito. Ya sabes el vicario que corre en estos días. Mientras no descongestione las arcas...

Antonio López del Portal.—Sólo los suscritores —que son, entre todos los Pinochistas, mis preferidos— podrán colaborar en mi revista, tomar parte en mis maravillosos concursos y obtener, por tanto, premios, fastuosos regalos. Si eres un Pinochista «empíterno», como me dices, y compras mi revista —¿cómo voy a dudarlo?— todos los domingos, te beneficiará doblemente la suscripción, con la cual lloverán sobre ti, día tras día, infinitos, innumerables, inagotables beneficios.



Pinochistas premiados en el Sorteo mensual de Regalos a los suscritores

Premios.	Mayo.	Junio.	Julio.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. Francisco Murillo.—Barcelona.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.	D. J. Luis Pacheco.—Brivesca.
Segundo. 15 ptas. en libros.	Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba).	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. Málaga.	> Francisco Ibáñez y Pico.—Ma-drid.
Tercero. 10 ptas en libros..	> Rosa Oñate Prendergast. — Sarriá.	> Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	D. Recaredo y María Garay.—Ma-drid.	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.
Quinto 3 ptas. en libros...	> Francisco Gil de Sola.—Barce-lona.	D. Mariano Guitián.—Madrid.	> José Igualada.—Málaga.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



MARÍA ESTHER RODRÍGUEZ BAUZÁ
Madrid.—4.º premio del sorteo de Na-
vidad-Reyes.
Una muñeca.



JUAN MIGUEL y MARÍA ROSA ALBIZAN
Irán.—Premio 57 del sorteo de Navidad-Reyes.
Un lote de libros.



ALBERTO TAPIA
Madrid.—Premio 36 del primer gran
sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sola-mente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen ce-lebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del úl-timo recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el es-pacio que tengamos disponible.
 - 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.
 - 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN en PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores *por un año*; otros, para

los suscritores *por un semestre*; otros, para los suscritores *por un trimestre*. Estos **rega-los especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momen-to de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de

núm.

Pueblo

Provincia

, se suscribe a

PINOCHO por ⁽¹⁾ $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas)} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas)} \end{array} \right\}$ remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 ⁽³⁾, en ⁽⁴⁾ También remite **1,50** pese-
tas ⁽⁵⁾ para gastos de envío, etc., de los regalos de suscritor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscritor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas in-dicaciones:

1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el nú-mero de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 cén-timos en sellos.



DEL AGIO CARAMILLO Y FAMILIA

MIRA, POLITO, VETE CORRIENDO A LA TIENDA A COMPRAR AZUCAR Y CANELA. TENEMOS CONVIDADOS Y VOY A HACER ARROZ CON LECHE.

¡UY QUE RICO!

¿NO SE TE OLVIDARÁ, VERDAD?

¡COMO SE ME VAA OLVIDAR UNA COSA TAN DULCISIMA COMO EL ARROZ CON LECHE!

YA SABES. AZUCAR Y CANELA, Y SI VAS DE PRISA TE DARE CAMELOS Y DINERO PARA QUE VAYAS AL CINE.

HOY SOY CAPAZ DE DESAFIAR AL CAMPEON MUNDIAL DE CARRERAS A PIE. ¡MIREN SI VOY A IR DE PRISA!

POR UN PLATO DE ARROZ CON LECHE VOY YO DE AQUÍ A PEKÍN EN DOS MINUTOS Y MEDIO...

..Y SI EN PEKÍN ME DAN OTRO PLATO DE ARROZ CON LECHE VUELVO AQUÍ EN OTROS DOS MINUTITOS Y MEDIO.

¡CARAY! ¡SE ME HA OLVIDADO LO QUE TENGO QUE LLEVAR! ¡Y SI VUELVO A CASA SE ME HARÁ TARDE!..... ¡QUÉ MALA PATA!

¡HAGAMOS MEMORIA! ¡EL ARROZ CON LECHE SE HACE CON ARROZ... LECHE... AZUCAR... CANELA... ¡ESO, ESO! ¡AZUCAR Y CANELA!

AZUCAR... CANELA... AZUCAR... CANELA... AZUCAR... CANELA... YA NO SE ME OLVIDA.

..AZUCAR.. CANELA... ¡MENUDO APETITO SE ME ESTÁ ABRIENDO!

..AZUCAR.. CANELA.. ARROZ CON LECHE... CAMELOS... ¡HOY ES UN DIA GRANDE, POLITO!

¡ATIZA! ¡YA HAN CERRADO!!!



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Bolsillos y carteras.—Yo he oído

a muchas niñas envidiar a los chicos. Dicen que disfrutan de más libertad que ellas, que se les deja salir solos más pronto, que sus juegos son más divertidos, que tienen más fuerza, ¡qué sé yo!

No estoy de acuerdo. Primero, porque la envidia, en general, es una cosa muy fea, y segundo, porque en este caso me parece, además, que es una tontería.

¡Pues sí que el ser niñas no tiene también sus ventajas! Son más débiles que los chicos, pero son más bonitas; tienen menos libertad, pero son más mimadas por todo el mundo; no salen solas, pues así disfrutan de la compañía de su mamá. Y como si todo esto fuera poco, tienen la mejor amiga del mundo, que es Pirula (sea dicho sin alabarme).

Sin embargo, en una cosa les llevan los chicos la ventaja: es en los bolsillos, esos comodísimos e insustituibles bolsillos que les colocan a ellos en gran número en todas sus prendas, y de los cuales a vosotras os conceden, si acaso, uno en el delantal o en el abrigo.

Claro está que entre los lindos perifollos de vuestro vestuario no cuadrarían esos bolsillos que tienen ellos, siempre repletos de toda clase de objetos: lápices, corchos, trozos de bramante, peones, etc., etc...

Y además, ¡qué carambal, el que no se consuela es porque no quiere. Vosotras tenéis, en cambio, mil monerías que a ellos les están prohibidas: la sombrilla, el abanico, el manguito, los collares y pulseras, los imperdibles y los pendientes. Y entre todas hay que colocar, en primera fila precisamente, vuestros bolsillos de mano, menos práctico que los suyos, ciertamente, pero bastante más variados.

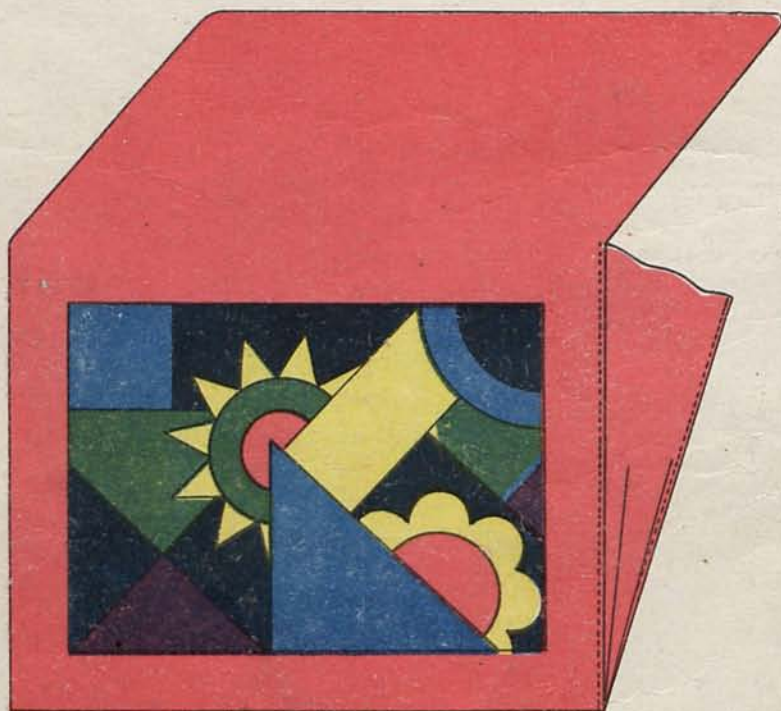
Como que el regalo de algún bolsillo o cartera es siempre bien acogido por todas las niñas. Por eso yo hoy os regalo una carterita originalísima; es decir, os

regalo la idea para reproducirla con vuestros primorosos deditos, que viene a ser lo mismo.

La cartera en sí no tiene nada de particular; su forma es corriente y la haréis con facilidad en paño de color fuerte.

Pero advertid los raros dibujos, la curiosa combinación de colores del cuadro que la adorna. Este cuadro lo haréis con un pedazo de cuero sobre el cual se pegan trozos de papel de distintos colores —amarillo, rojo, verde, azul, violeta y negro— recortados según aparece en el grabado. Después de pegados se les da una mano de barniz cristal.

Y ya pueden pavonearse esos caballeritos con las manos en los bolsillos (lo cual, sea dicho entre nosotras, no es signo de muy buena educación). Con una cartera como esta, no hay una niña que les tenga envidia.



PIRULA, REPOSTERA

Bombones Morronguis.—Estos bombones son de origen ruso y se llaman *kalugas*; pero yo les he cambiado este nombre raro por el de Morronguis porque me consta que al gato travieso le gustan con delirio.

Se echa en una cacerola de aluminio, de cobre o esmaltada un tazón de nata y un tazón de azúcar molida y se

deja cocer a fuego lento hasta que la pasta tome un matiz de café con leche.

Entonces se vierte la pasta sobre un mármol, previamente untado con aceite, y se corta en cuadraditos. Estos caramelos, que deben quedar algo blandos y pegarse un poco a los dientes, vienen a ser como los llamados «caramelos de nata».

Pueden variarse algo sustituyendo la nata por agua, de la que se echa un vaso solamente por cada media libra de azúcar.

Como veis, no cabe mayor facilidad y sencillez de confección; tanto, que si no temiera que os quemáseis, os aconsejaría que los hiciérais solitas.

